
CIENCIA Y DEMOCRACIA

ÁNGEL RIVIERA

Aunque las formas de gobierno democráticas que conocemos son muy diferentes en sus estructuras y formas de relación con la ciudadanía, la mayoría de la población que vive bajo tal ordenación política no tiene muy desarrollado el espíritu científico, siendo múltiples las causas de tal hecho.

Primero, porque su formación intelectual estaría en gran parte limitada por las importantes desigualdades que pueden apreciarse en ellas (económicas, sociales, políticas, raciales, religiosas, emocionales, etc.).

Segundo, por la tendencia cada vez mayor de dar más importancia a los estudios técnicos en detrimento de los humanísticos (filosofía, historia, arte, literatura, sociología ciudadana y política, etc.), lo que deforma o limita la percepción de la realidad humana y, por tanto, el desarrollo de un espíritu crítico basado en un amplio conocimiento, y no en las emociones del momento.

Tercero, por las limitaciones en la relación con los dirigentes políticos, donde los valores democráticos muchas veces quedan limitados al simple voto. Voto que se pide como solución de problemas inmediatos, básicos e incluso subsistenciales (sustento, trabajo, seguridad, enseñanza, sanidad, etc.), sin explicar la forma y el modo de cómo se pretende paliar tales carencias.

La demagogia y el populismo sólo pueden combatirse con la educación plural, libre, amplia, con la meta de enseñar a decidir y no de convencer con posiciones predeterminadas. Todas las sociedades son plurales en sus metas y en la forma de alcanzarlas, pero sabemos que ninguna tiene la certeza absoluta sobre la solución a los problemas humanos. Es sobre esta base de conocimiento y de respeto a todas las ideas por donde debemos caminar, por supuesto teniendo en cuenta las dudas, fallos y aciertos de todas ellas. El conocimiento lo más objetivo posible es la mejor premisa para poder crear nuestro criterio particular de elección.

En este contexto, sólo una parte de la población estaría en condiciones de incorporar el espíritu científico en sus deliberaciones públicas. Por lo

Licenciado en Medicina y Cirugía. Jefe de Sección del Servicio de Anestesiología y Reanimación del Hospital del Tajo de Aranjuez (Madrid). Doctor en prehistoria. Colaborador del Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España. / arivera952@hotmail.com

que recaería en ella la responsabilidad de ampliar en lo posible el porcentaje poblacional que podría realizar este quehacer sociopolítico.

Como es lógico, la respuesta a la segunda pregunta debe de ser consecuencia de lo anteriormente dicho. Los valores del espíritu científico, más que un requisito, constituyen una meta, y como tal no son absolutamente imprescindibles. Sin embargo, sí es necesario poner los medios para acercar cada vez más a los ciudadanos los valores de la educación científica, siempre y cuando éstos sean adecuados (plurales, libres y amplios), con la meta de facilitar el conocimiento objetivo y tomar las decisiones más acordes según nuestro criterio.

La principal razón de estas aseveraciones reside en que sólo dentro de los parámetros democráticos es donde pueden desarrollarse tales valores, aunque no siempre se cumplen. La democracia, con todos los inconvenientes y problemas que su desarrollo conlleva (y que todos sabemos que son muchos), constituye el único medio político que permite la posibilidad de realizar la ampliación de los valores humanísticos y científicos en la población, así como de su aplicación a la realidad política. Además, en su realización u omisión siempre se puede contar con las posibilidades de cierto control social (oposición, judicatura, prensa, etc.), o al menos de denuncia de su falta o mala realización en su aplicación, lo que en otros medios políticos sería mucho más difícil.

En teoría, los regímenes políticos deben de intentar el bienestar de sus ciudadanos, y éste parece estar organizado con un cierto orden jerárquico (pirámide de Maslow). Primero con las necesidades más básicas o primarias (nivel fisiológico); superada esta fase, las motivaciones humanas van cambiando por otras de mayor contenido social con relación a su seguridad pública y privada (nivel de seguridad); tras su logro se intenta alcanzar metas relacionadas con los factores de relación personal con los demás (nivel de afiliación); posteriormente se profundiza en la afirmación personal con relación a los demás (nivel de reconocimiento); por fin se intenta alcanzar una conducta que trasciende a todas las demás, al estar basada en la autorregulación de nuestra individualidad (nivel de autorregulación). Este esquema, aunque un tanto teórico, simplista y criticable, nos enseña que las necesidades humanas estarían dentro de un desarrollo heterogéneo en función del logro de las necesidades más sencillas y en la visualización de intereses más amplios (Maslow, 1943). Pero el logro de estas superaciones puede ser ambiguo, pues la autoafirmación puede ser tanto moral y creativa, como con falta de escrúpulos y toma de decisiones de dudosa ética. La influencia de la ciencia sobre los ciudadanos debe de intentar, hasta cierto límite, desarrollar una conciencia fundamentada, conocimientos plurales, libres y amplios, que les permita participar en los actos democráticos de la mejor forma posible (informados, críticos y

consecuentes), de tal forma que la democracia sea, entre todas las conocidas, la mejor forma de ejercer la política.

El espíritu científico debe de estar siempre en el camino del desarrollo democrático, siendo considerado como una compleja meta que, aunque nos parezca difícil de alcanzar, siempre hay que intentar mejorarla.

Maslow A. H. (1943), "A theory of human motivation", *Psychological Review* 50: 370-396.